

UN FLASH-BACK SOBRE JUAN EL BAUTISTA

Sugeríamos en la anterior columna que Marcos, como autor del primer evangelio puesto por escrito, introdujo su historia de Jesús con un relato propio de la celebración judía del año nuevo, fiesta llamada Rosh Hashanah en la que se desarrollan constantes símbolos típicos del Rosh Hashanah. En primer lugar, el Año Nuevo judío expresa la esperanza de que el Reino de Dios irrumpa pronto en la historia y por eso Marcos retrata a Juan el Bautista como el “nuevo Elías”: la figura mítica que había de preceder al Mesías para prepararle el camino; el heraldo de la llegada del Reino de Dios. En segundo lugar, en el Rosh Hashanah se hacía sonar el *yobel*, el cuerno de carnero, para reunir al pueblo, a fin de que oyese el anuncio de la cercanía del Reino de Dios y a fin de instarlo al arrepentimiento como forma de preparar esta llegada.

Por eso Marcos presenta al Bautista como un “yobel humano” que convoca y exhorta. Y para hacer más consistente la identificación entre Juan y Elías, Marcos, primero, viste al Bautista con las ropas que en el Antiguo Testamento eran de Elías: “un vestido de piel de camello y un cinto de cuero con el que se ceñía”; segundo, sitúa al Bautista en el desierto, es decir, en el lugar propio de Elías; y, finalmente, le atribuye la misma dieta que a él: saltamontes y miel silvestre, como típico hombre del desierto. No había error posible: si el Mesías estaba por llegar, Elías, el precursor prometido, tenía que venir antes para preparar el camino y anunciar la llegada y está claro que Marcos adjudica a Juan este papel.

Marcos inicia, pues, su evangelio con el reconocimiento de Jesús como Mesías por parte de Juan, que lo bautiza y que se declara a sí mismo subordinado a él. Después, Marcos sigue con lo que muy bien pudo ser un hecho histórico, a saber: que el rey Herodes arreste a Juan y lo encierre en prisión. Con Juan fuera de escena, Marcos proclama llegado el momento de que Jesús deje de estar a la sombra del precursor e inicie su vida pública. Y así lo hace, con estas palabras: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; arrepentíos y creed en el evangelio”. Entonces, concluida su tarea como precursor, el Bautista desaparece por completo del evangelio de Marcos si bien hemos de señalar, sin embargo, que, aunque Juan no vuelva a estar físicamente presente en Marcos, éste lo mencionará al describir la retórica de Herodes y la de Jesús. Ambas referencias tendrán, como veremos, gran importancia para nuestra comprensión del modo en que los evangelios de Marcos y de Mateo se organizan.

Los lectores originales de Marcos, que eran judíos, debieron de entender el retrato de Juan Bautista como “nuevo Elías” pues estaban familiarizados con las Escrituras. A ninguno se le debió de ocurrir pensar que Marcos pretendía describir hechos históricos cuando rodea a Juan de los símbolos que evocan a Elías. Incluso la historia de la decapitación de Juan es, en sí misma, una rememoración de la maldición que la reina Jezabel había pronunciado en tiempos contra Elías y que no se había cumplido. Marcos viene a sugerir que es Herodías quien cumple dicha maldición al hacerlo con Juan, el “Nuevo Elías”.

En el evangelio de Mateo, la historia del encarcelamiento del Bautista por Herodes, así como su cautiverio hasta que ser ejecutado, proporciona una ocasión para reintroducir

a Juan en el texto. Y esto ocurre exactamente cuando, con ocasión de Rosh Hashanah, Mateo necesita una nueva historia sobre Juan Bautista. Los servicios que el Bautista había prestado a Marcos (a saber, ser su principal figura para el Rosh Hashanah) los prestará ahora a Mateo, aunque esto ocurra mucho más adelante en su narración y constituya una especie de “flash-back”. Permítanme que sitúe este complejo recurso en el contexto judío que le corresponde.

Marcos no escribió su evangelio como un libro de historia ni como una biografía sino como un material litúrgico pensado para relacionar el recuerdo de Jesús con el culto de la sinagoga a lo largo del año. Dado que Marcos escribió su evangelio para que se leyese en las celebraciones de la sinagoga, lo inició con un relato que ilustraba el día sagrado del Año Nuevo o Rosh Hashanah, al que consideraba el punto de arranque adecuado. Por eso convirtió a Juan el Bautista en el “Nuevo Elías”, pues este era la figura asociada a Rosh Hashanah. El destino de Elías (cumplido por Juan) era preparar el camino para la llegada del Mesías y anunciar que el Reino de Dios estaba cerca.

Después, cuando fue desarrollando el evangelio, Marcos concluyó su historia relacionando la pasión de Jesús con el trasfondo de otra fiesta: la Pascua. Al poner estas dos festividades judías (Rosh Hashanah y Pascua) como telón de fondo del inicio y del final de su evangelio, Marcos revela que su libro está pensado para su uso en el culto de la sinagoga. Pero, si Marcos comienza su evangelio con una historia propia de Rosh Hashanah y lo concluye con una historia de Pascua, su texto solo cubre seis meses y medio del año litúrgico judío: más o menos, desde principios de octubre hasta finales de marzo.

Darnos cuenta de esto nos ayuda a entender por qué Mateo necesita desarrollar y alargar la obra de Marcos. Mateo quiere proporcionar lecturas sobre Jesús para todo el año. Así que tiene que añadir material a Marcos en su parte inicial y cubrir así los cinco meses y medio que quedan entre Pascua (para la que se había escrito la historia de los días finales de Jesús) y el Rosh Hashanah: el punto de arranque de Marcos con los anuncios de Juan Bautista.

Ya hemos visto cómo llenó Mateo de contenido esos meses: primero, añadió la genealogía, el relato del nacimiento y la predicación del Bautista; y también redactó un episodio largo de las tentaciones de Jesús, que se correspondiesen además con las pruebas de Moisés en el desierto. En este punto, Mateo ya habría llegado a la festividad judía conocida como “Pentecostés”, que, como su nombre indica, viene cincuenta días después de la Pascua.

Pentecostés, que también se denominaba “Shavuot”, celebra el acontecimiento del Sinaí, cuando se supone que Yahvé habría entregado la Tora al pueblo por medio de Moisés. Aquí es donde Mateo retrata a Jesús con el telón de fondo de Shavuot y la clave es el Sermón del Monte. Jesús es el Nuevo Moisés que, en una nueva montaña, ofrece una nueva interpretación de la Tora. Todos estos añadidos o ampliaciones introducidos por Mateo nos llevan hasta el inicio de su capítulo 8. La siguiente celebración judía de importancia en el año litúrgico era ya el Rosh Hashanah, que era donde Marcos había empezado. Sin embargo, cuando Mateo llega al Rosh Hashanah, tiene que afrontar el hecho de que ya había usado la historia del Rosh Hashanah con la que Marcos inaugura el ministerio público de Jesús, es decir, la aparición del precursor. Cuando, finalmente, Mateo alcanza a Marcos, tras haber aportado materiales para

cinco meses y medio, tiene que encontrar una forma diferente de tratar el Rosh Hashanah. ¿Y qué hace? Pues recurre a la técnica del flash-back... al estilo de Cecil B. DeMille, el famoso realizador de películas bíblicas de Hollywood a mitad del siglo XX.

Mateo toma de Marcos los datos del arresto y encarcelamiento de Juan el Bautista y con ellos crea un nuevo episodio que sería su propia historia para el Rosh Hashanah. Mateo cuenta que Juan el Bautista envió desde la prisión un mensaje a Jesús, preguntándole sobre su condición de Mesías: “¿Eres tú el que ha de venir o hemos de esperar a otro?” En Mateo, Jesús no responde directamente sino que dice a los mensajeros que vayan a contarle a Juan lo que han visto y oído, y entonces cita un texto que todo judío debía de reconocer pues procedía de Isaías y se usaba como la lectura típica de los profetas en la liturgia de Rosh Hashanah.

Isaías habla de las señales que serían visibles cuando estuviese cerca el Reino de Dios y Jesús, según Mateo, cita y amplía esas mismas palabras pertenecientes al capítulo 35 de Isaías, de manera que la escena se convierte en una historia de Rosh Hashanah. Dice digan a Juan que “los ciegos ven y los cojos andan; los leprosos quedan limpios y los sordos oyen; los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena nueva”. Mateo, reintroduciendo al Bautista, ya tiene su propia historia de Rosh Hashanah. Sólo le queda proporcionar a continuación historias sobre Jesús que conecten la fiesta de Shavuot (que había terminado con el Sermón del monte, en los cap. del 5 al 7) con su nueva historia del Bautista para el Rosh Hashanah, con la que comienza el capítulo 11.

El material que conecta ambos momentos es el que encontramos en los cap. del 8 al 10. Primero, hay una serie de relatos de milagros, que no por casualidad ilustran el texto de Isaías 35 que luego va a citar. Estas historias muestran a Jesús realizando las señales el Reino: cura a un leproso, al criado de un centurión y a la suegra de Pedro; expulsa demonios; calma una tormenta, hace hablar a un sordomudo, restaura los miembros marchitos de un paralítico, detiene las hemorragias de una mujer, resucita a la hija de un jefe de la sinagoga y da la vista a dos ciegos. Y en esta serie de hechos milagrosos Mateo intercala, además, varios dichos que expresan la idea de que el Reino está a punto de venir.

Y, cuando estas historias de milagros terminan, Mateo muestra a Jesús disponiéndose a iniciar el segundo de sus cinco largos discursos de enseñanzas, que empieza con el recordatorio de que la cosecha es mucha y los trabajadores, pocos y continúa con las instrucciones de Jesús a sus discípulos sobre cómo vivir en el período de transición entre su primera venida y el día en que volverá para establecer ya el Reino de Dios. Tanto los milagros como las secciones del discurso de enseñanzas pretenden ofrecer perícopas útiles para los sábados entre Shavuot y Rosh Hashanah.

Mateo, de esta forma, está listo para hacer su flash-back y empezar a contar sus fragmentos de cara al Rosh Hashanah. Y noten, por favor, que así es como los ahora llamados “milagros” llegaron a formar parte de la figura de Jesús ofrecida en este evangelio. Para Mateo, los milagros no eran hechos que él estuviese recordando sino señales del Reino que se daban en Jesús y que afirmaban su condición de Mesías.

Es interesante señalar que los milagros no se asocian con el recuerdo de Jesús hasta la década de los 70 del siglo I. Antes de los evangelios de Marcos y de Mateo, en la tradición cristiana, solo está Pablo y en él no hay indicios de milagros, entendidos

como hechos sobrenaturales, y referidos a la vida de Jesús. Sin embargo, si Jesús tenía que establecer sus credenciales mesiánicas e inaugurar el Reino de Dios, entonces había que asociar a su vida las señales del Reino. Vistas más detenidamente, estas historias de diversos tipos de un quebranto que se torna en plenitud, como de una enfermedad que se torna en salud, revelan que Mateo creía que el Reino era tanto para los judíos como para los gentiles. Jesús era el Mesías esperado por los judíos, pero el Reino de Dios derribaría todas las barreras y los gentiles se unirían a los judíos.

Mateo pinta un magnífico retrato en su evangelio; cuenta una historia llena de fuerza sobre lo que la presencia de Dios puede hacer entre los hombres. Su historia es una historia judía; no un relato que haya que entender literalmente. Si somos capaces de tener una mirada judía y leer a Mateo con lentes judías, su evangelio podrá ser, otra vez, una invitación para que caminemos hacia la vida, el amor y la plenitud, en vez de seguir nuestra ruta hacia el abismo de una religión literal.

- *John Shelby Spong*

[© www. ProgressiveChristianity.com]